

## El Libro de Córdoba para los niños

Del discurso leído en el acto de su  
recepción académica el día 10 de Febrero  
de 1922

Pensando en la elección de tema para este discurso, dejéme guiar por la corriente de los sentimientos que me embargan, dando la preferencia a los de índole social que me presentaran un asunto digno de vuestra atención, porque cautivara vuestro interés. Y no habiendo duda de que el hablar de Córdoba a todos nos importaría y de que discurriendo sobre tal asunto ganaría por adelantado vuestra benevolencia en ésta, la más apurada ocasión de mi vida, obedecí, sin más reflexiones, a la determinación de los sentimientos—que, en último resultado, los sentimientos mandan—y púseme a trazar, con la torpeza irremediable que me aqueja, esta disertación sobre «El Libro de Córdoba para los niños.» Ya oís el latir del amor a Córdoba, queriendo comunicarse a la infancia. Este es el motivo y ésta la finalidad de la obra: obra de amor a la ciudad madre, obra de educación amorosa de la niñez hacia el hogar ciudadano en que ha nacido y donde acaso haya de morir.

Habéis entendido ya cómo he concebido y quiero escribir un libro en holocausto de Córdoba, porque en Córdoba nací y para que los niños cordobeses de hoy y de mañana encuentren sus páginas o mejor en Córdoba, por sus letras, el pasto de un amor reflexivo al pueblo de nuestra naturaleza, sobre todo y ante todo porque es el nuestro.

Así, pues, mis paisanos, el libro no tiene que mancharse con la lisonja empalagosa, ni esconder cautelosamente las culpas que cometemos, ni negar los vicios que nos afean, ni callar las ansias de bienestar que nos agitan, aunque en sus páginas se guarde la sacra memoria de gloriosos acontecimientos y se mencionen las hazañas de gentes afortunadas y se siga el rastro de la fama pregonera de las excelsitudes de antepasados nuestros y se perciba el reflejo de doradas edades y se nos muestre en la lejanía las cumbres que escaló el alma de Córdoba. Porque a Córdoba la amamos y tenemos que amarla no sólo por sus propiedades, sino también por sus desventuras; tanto por sus grandezas como por sus ocasos, igual por haber sido un tiempo cabeza del mundo civilizado, que por ha-

ber quedado tan a la zaga en las empresas de la cultura. A Córdoba tenemos que amarla porque es Córdoba, porque es nuestra y nosotros somos de ella, con el género de amor abnegado y de porque sí con que la madre al hijo y el hijo a la madre.

No me propongo con «El Libro de Córdoba para los niños» otra Historia de nuestra ciudad. Esto sería pretensión excesiva y aun intolerable, cuando no estoy preparado para la empresa y habiendo ya varias compuestas para la Escuela primaria, de entusiastas e ilustres cordobeses compañeros nuestros. Trato yo de esbozar el libro de mi pueblo. Empresa verdaderamente dificultosa, porque el libro de un pueblo tiene que ser, en su parte principal, el de su vida... y ese libro no es otro que la vida misma,

La vida de un pueblo, todo lo que sobrevive, en el transcurso de los siglos, aunque con apariencias de muerte, y todo lo que bulle, se agita y lucha en la fugacidad de los momentos que conocemos, es la propia vida nuestra: la vida del recuerdo y la vida de la acción, la vida que nos legaron y con que empezamos a alentar y la vida que fraguamos nosotros. ¿Habrá materia de más supremo interés educativo, si las abraza todas?, ¿algo que más nos importe y mejor nos enseñe que esta augusta Maestra?

En la vida del pueblo hay que comprender desde el lugar donde se asienta, hasta las creaciones artísticas, literarias y científicas de sus naturales; desde el amor a la tierra, al paisaje, al valle, al río, a la montaña, al mar, hasta la admiración por las obras de nuestros escultores, pintores y músicos y el gusto por el fruto de los ingenios conterráneos y la devoción por las investigaciones y elucubraciones de los sabios que han ilustrado y honran nuestra familia ciudadana.

Obra de esta naturaleza y contenido igual importa a la urbe populosa y de prosapia insigne que a la minúscula e ignorada aldea, que si por las páginas del libro del villorrio no pasan legiones de gloriosos héroes, ni discurren multitudes de gentes ensalzadas por la fama, ni en ellas queda testimonio de acaecimientos resonantes, ni se ilustran con descripciones de portentosos monumentos, ciertamente que las letras que las llenen tendrán que decir de la feracidad de la ubérrima campiña y de las majestades serranas y de los conciertos de los ruiseñores en las umbrías del regato y de la apacible sociedad de las cigüeñas en los almiarés del cortijo y de la dulcedumbre del néctar que labran *las solícitas y discretas abejas en las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles* y de la frigidéz en el agosto del agua que mana de la Herrumbrosa y de la tierna devoción a la Virgen de las Flores y de la virtud imponderable de Antoñica la de *Pajarito*, abuela de cinco huerfanillos que sustenta a fuerza de privaciones, pedimentos y trabajos, con setenta años a cuestas; y del coraje indomable para hacerse rico de Cándido el de la Jacinta, infeliz destripa-

terrones en sus años mozos que ahora va en coche a sus cortijos; y de las valentías estupendas de Periquillo *Matamoscas*, el de Juan *Hinojos*, que vino de Africa con el pellejo acribillado y la mano seca de tirar mandobles a los perros moros; y de la audacia y talento de Roque el de *Espe-tón*, que lo llevaron a machacar drogas a Madrid y sin saberse cómo se encontró médico hecho y derecho a los veinte años; y de la abnegación de Bartolo *Pelusa*, que se arrojó al Tomillarejo, cuando más furiosas bramaban las aguas, para salvar a Isidorillo el porquero, que bajaba de la sierra dando tumbos entre pedruzcos y troncones; y como de todo aquello que sea asunto de murmuración o alabanza, de angustias o de regocijos, del afán diario o de la ambición para mañana, de cuanto enorgullezca a los aldeanos o los abata, de lo que a Dios y a la Naturaleza deben, como de lo que necesitan del Gobierno de la nación, del Alcalde que los administra y de su ánimo apocado y embrutecido.

Libro así, más que el arca santa de los recuerdos ha de ser el espejo fulgente donde todos nos veamos y veamos nuestras propias cosas. Lo primero de todo, para empezar a conocerlas y a conocernos. Porque la verdad es que nos desconocemos y desconocemos al pueblo en que hemos nacido, como si habitáramos en otro planeta y como si fuéramos ajenos a nosotros mismos.

El círculo de intereses inmediatos que nos afectan, no aparece visible por culpa de una orientación extraviada de nuestra cultura, que empieza a torcerse en la Escuela primaria, si no es que ya viene viciada desde el seno de la familia. ¿Qué serie de experiencias, de observaciones, de conceptos nos proporcionan las cosas y la vida del hogar? Sólo aquellas que fatalmente no pueden evitarse o impedirse y las de elaboración forzosa por obra de la normalidad del sensorio.

Dios me libre de abogar porque desnaturalicemos la primera infancia, cuando el niño tiene que satisfacer la necesidad principalísima del juego. Pero ha de ponerse empeño de educador en que la apetencia de su actividad incansable se colme y aun se agrande, mostrándole objetos interesantes, casos, personas, cosas.

En el mismo niño está el principio de todo el proceso de su cultura. Y va del niño a la familia, y de la familia al pueblo, a la comunidad ciudadana, para elevarse a círculos más amplios.

La labor educativa que, como padres y maestros desarrollamos, nunca arranca del niño, ni de la familia, ni aun del pueblo. A la verdad, no sabemos ciertamente de dónde, ni a dónde se dirige. Nos decimos que estamos llamados a una conducta pedagógica de ese género, y enseguida, para cimentar la obra educativa, sólo ponemos ante los ojos del niño un libro, que hace los oficios de pantalla tras de la cual se esconde el mundo. El mundo que no volverá a ver nunca con los ojos de su carne, ni

con los de su espíritu tal y como es, ya porque la sombra se lo estorbará, ya porque el sentido no hubiera aprendido a ver más que viendo.

Cuando empecemos por el principio, el niño advertirá bien pronto, y aun más importa que lo advirtamos nosotros, que dentro de sí y consigo y a su alrededor se abren todas las fuentes de donde brotan los licores que aplacan los afanes de la vida. Ciencia, virtudes, amor a la belleza, aptitud heroica, habilidades manuales, ambiciones de poder, en su espíritu o en su organismo anidan; lo que se llama Historia y Derecho y Cálculo y Física y Botánica, son sistemas de conocimientos por cuyo cauce él mismo va arrastrado; en el alimento que lo sustenta, en el traje con que se viste, en la cama donde reposa, en la casa que lo cobija, en cuantas cosas descubre y maneja tiene muestras del caudal que las industrias y artes producen con habilidad y perfección por obra y gracia del mismo esfuerzo que ahora emplea en construir o elaborar groseramente. Así, el niño empieza a dibujar en cuanto coge un picón, llenando de enmarañados trazos las paredes de su casa; ejercita sus inclinaciones constructoras en hallando a mano un montón de arena y fábrica y abre puentes, canales, fortalezas, túneles y cuevas, y si dispone de tarugos, tablillas y listones se verá cómo levanta iglesias y castillos y palacios; en los juegos se muestra a veces tirano, a veces misericordioso, a veces audaz, a veces cobarde, a veces astuto; llevado de la curiosidad y poseído del espíritu analítico destruye el juguete para conocer las partes de que se compone y ver lo que tiene dentro y deshoja la rosa que luce en la maceta del balcón y abre la cárcel al jilguero y tira de los cajones de la cómoda; es el cronista fidelísimo de la vida del hogar, contando punto por punto a propios y extraños hasta los sucesos más triviales, como el haberse roto un plato, el haber nacido unos gatillos, el haberse recibido una carta, el haber salido de paseo; calcula ya, aunque torpemente, pero calcula con afán cuando cuenta y re-cuenta sus estampas y los carretes y los tapones de corcho y las cajillas de betún y las *pículas* (paso a este término ya desusado del vocabulario infantil cordobés) que para sus juegos maneja; a menudo se entrega a ciertas prácticas geométricas, como cuando juega a la Reina mora, cuando se fabrica con periódicos el gorro de payaso, cuando aplasta entre sus dedos la cera para sacar una sortija, cuando recorta la cáscara de melón para la pitanza de las gallinas; le encantan o le enfadan las impresiones de los fenómenos físicos y químicos, como el aspecto de la luna, la explosión de los cohetes, la quemazón del café, la banda policroma del arco iris, el descubrir su imagen en los espejos, la marcha isócrona del reloj, los botes de la pelota, el brillo del relámpago, los agudos sonos de las cornetas, el giro vertiginoso de los caballitos de madera, el penacho de humo que escapa de la locomotora; acata las jerarquías, sometido a la autoridad de sus padres y aun las establece entre sus amiguillos, llevando la dirección de los juegos; se am-

para del principio de la Justicia cuando acude a los mayores con las quejas por los golpes recibidos o por las cosas de que otros se han apropiado y a veces él mismo la administra con altísima sabiduría, sentenciando que ganó Antoñuelo o que ha perdido Frasquito, y es lo común que cada día se entregue a profesión nueva, metiéndose ahora a carpintero y luego a albañil, cuando a pintor y cuando a maquinista, unas veces a zapatero y otras a médico o maestro o policía o cura o cocherò o militar. Quiere todo decir, que la experiencia propia, la más cercana del niño, ofrece motivos variadísimos de interés para encauzar el ejercicio de sus funciones, convirtiendo la atención a cosas y hechos que a sus sentidos impresionan, como lugares de partida para los empeños educativos de padres y maestros.

Laborando, en cualquier sentido, sobre la vida del niño, tendremos que abarcar a su alrededor la vida de la familia. Y moviéndonos en este círculo, los motivos cada vez se presentan en mayor abundancia, los motivos de la ejercitación educativa, ya obre la familia por cuenta propia, ya con la ayuda de la Escuela o prestándosela a esta institución,

La familia es también fuente de copiosísimas enseñanzas. Paremos en las de carácter histórico. Mediremos lo disparatado del intento de empezar, como se empieza comunmente la enseñanza de la Historia, tan descuidada en nuestras escuelas y nuestros hogares y tan torturadora para la niñez por nuestros pecados metodológico-didácticos, considerando que nunca se trata con el niño ni de su historia, ni de la historia de su familia. Que darían pasmados no digo ya los niños, hasta los padres si hubiera Maestro que los enterara del designio de enseñarles la Historia comenzando por ahí, por la historia de cada niño. Pero ¿es que el niño tiene historia? No sólo que la tiene; además, que la está haciendo. Y esto es mejor. Está construyendo su historia; y con la suya, la de su familia, como la de su pueblo y la de su patria y la del mundo. ¡También la familia tiene historia! Pero esta historia ¿para qué nos importa?

He aquí de la suerte que se expresa sobre esta cuestión uno de nuestros escritores de Pedagogía, distinguido entre los más ilustres, el P. Ramón Ruiz Amado: «La historia de la familia: ¡Dichosos los que la tienen y la saben!; y el no tenerla ni saberla los más es efecto del bajo nivel moral de un pueblo. No se imagine que el tener una historia familiar es sólo propio de las casas aristocráticas; es sencillamente propio de las familias, ricas o pobres, ilustres o plebeyas que tienen *conciencia de sí*. En la actualidad son todavía las tales en reducido número; pero la *educación moral* de nuestro pueblo ha de hacer que, por lo menos, *empiece ahora* la historia de muchas familias, para que la tengan dentro de varias generaciones.

»Muchas veces nos ha hecho reflexionar una frase que suelen emplear

los historiadores para ensalzar la nobleza de regias dinastías, como los Borbones, los Habsburgo, Hohenzollern, etc. «Pueden, dicen, seguir la serie de sus ascendientes hasta el siglo IX u VIII, etc.» Pero ¿qué?, nos preguntamos al leer estas frases: ¿por ventura los que no pertenecemos a esas extirpes no teníamos ascendientes el siglo VIII y el VII y el I y X siglos antes de la Era cristiana? ¡No cabe duda que sí! La diferencia, que constituye la nobleza respetable de esas extirpes, consiste en ser familias que hace diez o más siglos que *tienen conciencia de sí*. Nuestros progenitores existían; existían nuestras familias; pero no tenían conciencia de que *eran familias* empalmadas con una larga ascendencia y descendencia histórica. Por eso fueron *plebeyos: homines de populo no de su familia*. Mas esto, que fué disculpable en épocas en que la existencia de la familia se consideraba vinculada a un *solar*, no tiene razón de ser en nuestra edad *democrática*; y el no tener ahora historia la mayor parte de las familias es sólo efecto de su *bajo nivel moral* y, a su vez, causa de inmoralidad o amoralidad. ¡Hombres de nuestro siglo democrático—exclamó el jesuita—procurad, pues, que vuestros hijos no carezcan de una historia familiar; sed vosotros *el comienzo* de vuestro linaje, como se decía de los *hombres nuevos* en los antiguos tiempos. ¡No hay ya familia tan pobre o humilde que tenga que vivir bajo apellido ajeno y no pueda comenzar a tejer una historia; y esto es de inmensa importancia para la educación moral de vuestros hijos; porque *el pertenecer a una familia* es la condición indispensable para *pertenecer intensamente a una patria*; y la historia familiar es el eslabón que nos enlaza con la historia de un pueblo, de una región, de una nación, del mundo!»

La historia de la familia, como la historia del niño, nos importa para avivar en cada uno de ellos la *conciencia de sí*. Porque esta conciencia, este reflexivo examen de sus actos, lo llevará a obrar de suerte que tienda primero a ganar su aprobación y después la estimación ajena y el bien propio y el común.

Consideremos los provechos que así para la cultura individual como para la social prosperidad podemos obtener de esta *conciencia de sí*, persuadido el niño y persuadido cada uno de los miembros de la familia de que están forjando su historia. Vea el niño iluminado por sus padres, advertido por sus maestros la importancia y significación de sus actos en relación con su propia existencia y con la de sus deudos. Sin ahogar la espontaneidad, sin torcer el curso de los acontecimientos, el niño que descubra las razones y las consecuencias de su conducta, avanzando con la mirada por el campo del tiempo donde la huellas de sus pasos en el camino del nacer al morir quedarán impresas, ha de orientar sus energías hacia lo mejor. Y su historia, imaginada como edificio donde habitará la memoria de su existencia después de muerto, como obra en que él mis-

mo ha de recrearse eternamente, ya será cuando menos—¿y para qué queremos más?—la historia de un hombre bueno.

Lo mismo si tratamos de cuestiones de derecho que de arte, que de moral, que de Patología, que de Economía, que de lenguaje, que de religión, que de Arquitectura, que de Mecánica, que de Arqueología, que de Química... en el seno de la familia y en el recinto del hogar la educación del niño tiene los sostenes más firmes y todos los motivos de interés más eficaces para iniciarse y desenvolverse con tino y pujanza. ¿No oye hablar el niño de que su hermanito recién nacido se inscribe en el Registro civil, de que su padre ha firmado el contrato de alquiler de la casa, de que ha votado en las elecciones, de que ha pagado la contribución, de que ha declarado en la Audiencia?; ¿no asiste a la elección de muestras y de figurines para comprar las telas y confeccionar los trajes y no examina los asuntos de los cuadros que adornan las paredes de las salas y no se entusiasma con las estampas de los libros de su padre y no le agrada el ramillete de flores con que su madre adorna la Cruz de Mayo y no le alegran los vivos colores del mantón de Manila que sale a relucir de tarde en tarde para colgarlo en el balcón la del día del Corpus Christi?; ¿no sufre a menudo las reprimendas del padre por sus picardihuelas y no escucha las recriminaciones de su madre por las atroces exigencias de los codiciosos insaciables que vendiendo se enriquecen en un abrir y cerrar de ojos y no es testigo de los embustes con que se despide a los amigos importunos que llegan de visita?; ¿no se entera de los pronósticos del médico que asiste a la hermanita con calentura?; ¿no se habla delante de él del gasto de la comida y del vestido y del calzado y del sueldo de su padre y de las cuotas de los seguros de vida y del empeño de la pulsera de oro?; ¿no le corrijen sus mayores frecuentemente los disparates que se le escapan hablando, no le enseñan las formas del saludo, no se ríe de los barbarismos de la criada que acaba de llegar de la aldea?; ¿no se entera de que sus padres y hermanos mayores van por la cuaresma a cumplir con la iglesia, no ha visto arrodillado, desde el balcón, pasar el Viático, no dice reverentemente el *Bendito* que su madre le ha enseñado y surce el Padre nuestro?; ¿no asiste, comido de curiosidad, a las faenas de los albañiles que han ido a quitar las goteras y componer la solería?; ¿no se pone boquiabierto delante del herrero que está arreglando la cerradura de la puerta de la despensa?; ¿no se maravilla de que sobre la estantería haya colocado su padre un cachucho de barro que hacía de candil siglos antes de los años de Maricastaña?; ¿no se ha pintado alguna vez las manos y la nariz con el polvillo rojo que pegan los clavos viejos llenos de orín?...

Saliendo del hogar al pueblo, siempre en contacto con las realidades sociales y naturales, la educación del niño, todo el cultivo de su personalidad, sin desgarrarlo de la familia, tiene que desenvolverse además en el

seno de la comunidad ciudadana. Lo malo ha sido y es que se levantan las murallas de la indiferencia y de las absurdas abstracciones ente el niño y el mundo. Sin pensar apenas en educarlo, preocupados nada más con instruirlo, errando el camino, con desconocimiento de la psicología infantil, lo hemos forzado a que aprenda por asimilación indigesta de vocablos. De modo que como el niño no tenía que observar, ni investigar, ni hacer, para nada le servía el estudio fuera de los libros. Y como tampoco había libros de pueblos, cuando niños no hemos sido aplicados a un estudio sistemático de los nuestros.

Antes de que se me tache de inconsecuente, porque parezca que con «El Libro de Córdoba para los niños» trato de que los de Córdoba la estudien viciosamente, tengo que exponer la opinión que comparto acerca del alcance del libro en la Escuela primaria, para dejar limitada la influencia que debe concedérsele, como instrumento didáctico.

Dice el P. Ruiz Amado en *La Educación Intelectual*:

«*El libro* es el más extenso, pero al propio tiempo el más endeble de los *medios* didácticos, y la *lectura* el menos eficaz de los *procedimientos* educativos. Sin embargo, hay que distinguir, en la estimación de este medio, entre la época de la educación estrictamente dicha y el resto de la vida, en que los hombres, salidos de la tutela y dirección de sus maestros, continúan formándose, ensanchando y profundizando sus conocimientos.

»En la escuela no hay más pernicioso sistema que el fundado en el uso exclusivo o predominante del libro. El sistema de enseñar *señalando* lecciones y *tomándolas* es el más rudimentario y apenas merece ser admitido dentro de los umbrales de la Pedagogía. En él se arraigan, como en su propio suelo, el *verbalismo* y el *memorismo*, pues el libro no da más que *palabras*, con las cuales el adolescente no puede hacer otra cosa sino ejercitar mal su memoria.»

No es lícito ya proponerse la composición de un libro *de aprender de memoria*, para fomentar, de nuestra parte, el funestísimo verbalismo, contra el que tiene de combatir todo educador que no esté dejado de la mano de Dios. No se permite ya el atentado de poner en las manos del niño un libro que no dé más que *palabras*: el libro ha de ser un instrumento auxiliar de elaboración de conceptos. Y siendo el libro para la infancia *el más endeble* de los medios didácticos, tiene que combinarse con los otros más eficaces: la intuición, la acción, la viva voz...

En la excelente *Pedagogía Moderna*, tratando con gran acierto de este árduo problema del libro escolar, dicen sus autores, uno de ellos miembro valioso de esta Real Academia: «El libro será para el niño un estimulante intelectual que le obligue al trabajo personal de investigación propia, sin que intervenga la ayuda ajena, más que en los casos indispensables.»

Y esta, en rigor, quiero yo que sea la función del «Libro de Córdoba para los niños»: la de estimulante intelectual y sentimental y volitivo. No el texto donde el niño encuentre, si eso fuera posible, todo lo que le interese saber y amar y querer de Córdoba, que es decir de la vida que vive, de la vida más suya, para vivirla con plenitud y elevarla y sublimarla, sino el libro—indicación, el libro—sugestión, el libro-aguijón, que más que enseñar obligue a aprender de los maestros insuperables que son las cosas, los hechos, los fenómenos, los hombres, las realidades todas en ellas mismas, en la vida, no en la letra que la diseña.

Disertar, pues, sobre el contenido del libro, sería tratar de cuantos asuntos se relacionan con el tema fundamental *Córdoba*. Tarea acaso de las que no tienen fin, y, por supuesto, excesiva para mi capacidad. Por esto el libro no será, ni hecho por otro—y cualquiera lo llevaría a término con mejor fortuna y acierto que yo—completo siquiera en sus indicaciones; mas no por esta imperfección, inútil, pues el Maestro podrá en todas las circunstancias avalarlo con nuevas lecciones ideadas por él o por los niños, de enlace facilísimo con la materias de las que el texto exponga y recoja.

Antes declaré que este «Libro de Córdoba» no había de ser otra «Historia de Córdoba para los niños»; pero, sin que sea obra de historia, de historia de nuestra ciudad ha de tratar forzosamente. Una empresa de educación de la niñez acometida con los elementos de interés sumo para el niño, no puede desentenderse (y menos hacer menosprecio) de la valía de las influencias históricas acopiadas por los cultos, dispersas por los ámbitos en que nos movemos, vivas en las tradiciones que hasta nosotros han llegado, latentes en las costumbres, en los usos, en el lenguaje, en la leyenda... Como que en Córdoba no hay que buscar la Historia: la Historia está en todas partes, en el capitel árabe del patio, en el otro romano de la esquina, en el rótulo de la calle, en el escudo nobiliario del viejo solar prócer, en el triunfo de la plaza, en la mezquita sin par, en la ermita de los patronos, en el puente, en el Alcázar, en la muralla, en el arca de las reliquias, en los cuadros de la capilla del Cardenal, en la sinagoga, en el santuario de Linares, en el pocito de la Fuensanta, en las cuevas de la Arruzafa, hasta en el toque funerario de las campanas cuando invaden las soledades del silencio con las tristuras del doble de cepa... De modo que la Historia se entra ella sola en el campo de acción del educador, llamando fuertemente a los sentidos del niño. Pero si no, habría que buscarla; muy recogidos y afanosos deberíamos entrar en el santuario donde se custodia la santa reliquia, porque de la Historia no es lícito que nos apartemos. Menéndez y Pelayo escribió: «Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado pobre o rica, grande o pequeña, no esperamos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pue-

blo nuevo puede improvisarlo todo menos su cultura. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la *imbecilidad senil*» (1) Y ¡ay, que Córdoba, pueblo viejo, como todo el viejo pueblo español, ha renunciado a su cultura, a su historia!

Voces suenan que abominan de la Historia. Escuchemos la de un personaje cordobés, si bien hijo de la facundia de Pío Baroja, en *La feria de los discretos*: «...¡Ojalá—siguió diciendo Escobedo—se pudiera borrar la historia y con la historia todos los recuerdos que entristecen y marchitan la vida de los hombres y de las multitudes! Una generación debía aceptar de la que le precedió lo que es útil, la ciencia únicamente; por ejemplo: el azúcar se extrae de esta manera, las patatas se frien así... Lo demás olvidarlo. Qué necesidad tenemos de que nos digan: ese amor que tienes, ese sufrimiento que padeces, ese acto heroico que has presenciado no es ni siquiera nuevo; lo tuvieron, lo padecieron, lo presenciaron hace cinco o seis mil años otros hombres lo mismo que tú, igual que tú. ¿Qué adelantamos con eso? ¿Me quiere usted decir?»

Y sigue el desgarrador diálogo:

«El arqueólogo se encogió de hombros.

»—Creo que está usted en lo cierto—dijo Quintín.

»—La historia, como todo lo que es conocer, nos envejece—siguió diciendo Escobedo...»

Pero, aunque la Historia no nos fuera de provecho, ¿cómo descargar nos de su peso y apartarnos de su presencia y colocarnos fuera de su influjo? ¿Cómo suspenderla y aniquilarla? Queramos o no queramos—y, por de contado, lo mejor es querer—la historia es de nuestra vida, hechura e hija nuestra, como que nuestra vida es historia.

La historia del pueblo, después que la historia de la familia y antes que la historia de la nación. El mismo sabio jesuita, de autoridad pedagógica tan notoria, a quien antes citaba, escribe a propósito de esta cuestión en su obra *«La Educación Moral: «La historia del pueblo en que han nacido ha de ser el segundo objeto con que se ocupe la atención (era el primero La historia de la familia) y se avive el interés de los jóvenes. ¡Cuántos hay... que están muy enterados de las dinastías egipcias de los Faraones y, por de contado, de los Reyes de Roma y, aun viniendo a la Historia patria, de Indibil y Mandonio y Viriato y Pelayo y no podrían dar razón de las cosas más importantes que forman la historia de su pueblo; que saben de coro la canción de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas e ignoran los episodios de las luchas que sostuvieron sus abuelos en las riberas del río donde juegan niños y en las breñas de los montes que recorren en sus excursiones juveniles!*

(1) Dos palabras sobre el centenario de Balmes.

» Con todo eso es incalculable la diferente eficacia de unas y otras historias para despertar el *interés*, ese factor soberano de la educación y enseñanza, y sobre todo, para unir en un sentimiento de solidaridad y benevolencia a los hijos de una misma patria! Esas batallas de griegos y romanos y medos y persas no son para el niño más que *palabras*, debajo de las que nada percibe, nada siente. Indibil y Mandonio nos son casi tan extraños como Horacio Cocles y Decio Mus y sólo sirven, cuando mucho, como símbolos o encarnaciones de la idea de la independencia nacional. Pero, ¿cuánto no sería más interesante para la juventud una historia que tuviera por teatro, no el mapa, sino ese mismo suelo bendito donde aprendió a fijar los vacilantes pasos; esos montes cuya silueta limitó los horizontes de su niñez!

» La dificultad, ya lo entendemos—continúa el mismo autor—está en la misma materia. Cualquiera maestrillo, con el compendio que estudió en la Normal, se vadea entre griegos y romanos y godos y árabes; pero no es con mucho tan fácil *construir* la historia de un villorrio o de una pequeña ciudad. No hay que desconocer esta dificultad; pero tampoco hay que arredrarse ante ella, hasta el extremo de renunciar a una ventaja pedagógica tan grande, cual la razón nos muestra en este punto. El daño está en que el Maestro tiene necesidad, en los más de los casos, de *construir* esa historia desde sus cimientos. Pero ¿por qué la ha de construir, sino porque no está todavía construida? Y ¿por qué no lo está, siendo tan interesante, sino porque hace siglos viene reinando en pacífica posesión ese absurdo sistema de llenar las cabezas infantiles con nombres de fenicios y babilonios?»

También en este punto y sobre este punto son dignas de recordarse las palabras de Balmes en *El Criterio* (1), «Batallas, negociaciones, intrigas palaciegas, vidas y muertes de príncipes, cambios de dinastías, de formas políticas, a esto se reducen la mayor parte de las historias; nada que nos pinte al individuo con sus ideas, sus afectos, sus necesidades, sus gustos, sus caprichos, sus costumbres; nada que nos haga asistir a la vida íntima de las familias y de los pueblos; nada que en el estudio de la historia nos haga comprender la marcha de la humanidad. Siempre en la política, es decir, en la superficie; siempre en lo abultado y ruidoso, nunca en las entrañas de la sociedad, en la naturaleza de las cosas, en aquellos sucesos que por recónditos y de poca apariencia no dejan de ser de la mayor importancia.»

Ya el filósofo de Vich clamaba por la historia de la vida íntima de las familias y de los pueblos y porque se les concediera toda la importancia que merecen aquellos sucesos recónditos y de poca apariencia que son la

---

(1) Cap.º XX, Filosofía de la Historia.

entraña de la vida del hogar y ciudadana. O sea, que nada escape al prurito del historiador de su pueblo, a nuestro estudio y cariño.

«El mejor libro de Historia universal—por tanto, de Historia del pueblo de cada uno, como se verá, decía donosamente don Miguel Unamuno (1)—el más duradero y extendido y el de historia más verdaderamente universal sería el de quien acertase a contar con toda su vida y su hondura las rencillas, los chismes, las intrigas y los cabildeos que se traen en Carbajosa de la Sierra, lugar de trescientos vecinos, el alcalde y la alcaldesa, el maestro y la maestra, el secretario y su novia, de una parte, y de la otra el cura y su ama, el tío Roque y la tía Mezuca, asistidos unos y otros por coro de ambos sexos. ¿Qué fué la guerra de Troya a que debemos la *Iliada*?»

Y pienso yo que acaso fuera el mejor de todos los libros de Historia el que formara cada niño, empezando por el relato de los acontecimientos en que es actor. Son, sin duda, los hechos en que interviene o que ejecuta los de interés máximo para él mismo, los que a su vista y examen adquieren relieve más considerable.

Si no la familia, la Escuela puede poner al educando en el camino de ser primero el cronista de su vida, por donde llegará pronto a serlo de su pueblo, llevándolo a que obre siempre con plena conciencia de su responsabilidad ciudadana. Ya en algunas escuelas hacen los niños sustentativas de historiadores, redactando el «Diario de clases» que es en verdad la crónica de todo el proceso didáctico que siguen. Es también otra modalidad de los ejercicios historiográficos la composición de sencillas memorias o relatos de las visitas a fábricas, monumentos, museos, talleres, lugares famosos, archivos y bibliotecas, oficinas, corporaciones, laboratorios, gabinetes. Y de superior valía, en el proceso educativo del escolar, que, siguiendo las sugerencias del Maestro, se aplique, cuando perdura la vibración de las impresiones más vivas y placenteras para el niño, ya recibidas en el hogar, ya en la calle o en la Escuela misma, a contar, siempre con sencillez, los hechos presenciados. ¡Júzguese del entusiasmo con que haría la crónica, pongamos por casos, del bautizo de su hermano recién nacido, de la Fiesta de la Raza, a que concurrió con otros muchachos de las escuelas nacionales y de la visita reciente de la Reina a los hospitales militares de Córdoba!

Otro recurso, y muy poderoso, para aficionarlo al conocimiento y estudio de la vida en que se desenvuelve es la lectura de los periódicos locales. No son menos los periódicos que documentos nacidos cada día para componer el gran libro de la Historia. Y sobre que nos proporcionan copiosísimas noticias de la sucesión de hechos desarrollados a nuestro alre-

(1) *Vida de don Quijote y Sancho*, cap.º XL VI.

dedor, nos dan dos mil ocasiones para investigaciones provechosísimas y fáciles. Con tino y cautela a veces, el periódico debe ponerse en las manos del niño que se educa, antes el de aquí, el que de Córdoba le habla a diario y preferentemente y por extenso, que otros de fuera que más atención prestan a sucesos que no ve, a personas que no conoce y a lugares que nunca ha visitado.

JOSÉ PRIEGO LÓPEZ.

*(Continuará).*

